

# El duende doméstico y la dueña de casa

Tú conoces al duende doméstico. ¿Pero conoces a la ama de casa? ¿La esposa del jardinero? Era muy leída, sabía de memoria muchos poemas e incluso los componía ella misma con gran soltura. Solo que las rimas —«empalmes», como ella las llamaba— no se le daban sin esfuerzo. Sí, poseía talento de escritora y de oradora; podría haber sido incluso pastora, o al menos la esposa de un pastor.

—¡Qué hermosa es la tierra en su atuendo dominical! —dijo ella, y se apresuró a vestir ese pensamiento en versos con «empalmes», muy bellos y largos.

El seminarista, el señor Kisserup —el nombre, por lo demás, viene aquí al caso—, hijo de la hermana del jardinero, que estaba de visita chez ellos, escuchó los versos del ama de casa y declaró que eran muy, muy buenos.

—Sí, sobre usted reposa el sello del genio, señora —añadió él.

—¡Qué tontería! —dijo el jardinero—. ¡No le metan esas ideas en la cabeza! La mujer ante todo debe poseer una apariencia, una apariencia decorosa, y su tarea es vigilar que las gachas en la olla no se peguen ni se quemen.

—¡Yo limpiaré lo quemado con carbón vegetal! —respondió la esposa—. ¡Y la costra en tu alma la quitaré con un beso! Parece, ciertamente, que solo tienes col y patatas en la mente, ¡pero también amas las flores! —Y lo besó—. ¡Las flores son precisamente la poesía! —añadió.

—¡Vigila las gachas! —repitió él, y se fue al jardín: tenía sus propias gachas, de las cuales había que ocuparse.

Y el seminarista se quedó sentado con el ama de casa. Sus palabras: «¡Qué hermosa es la tierra!», él las desarrolló en todo un sermón a su manera:

—La tierra es hermosa; «heredad la tierra», fue dicho a los hombres, y ellos se convirtieron en señores de la tierra. Uno lo logró gracias a sus dotes espirituales, otro gracias a las físicas; uno fue lanzado al mundo con un signo de interrogación-exclamación, otro con puntos suspensivos, de modo que involuntariamente te preguntas: ¿para qué vino, en esencia? Uno llega a ser obispo, otro permanece siendo un pobre seminarista, pero todo en este mundo está dispuesto con igual sabiduría. La tierra es hermosa y siempre viste atuendo festivo.

Este poema despierta tantos pensamientos, señora. Está lleno de sentimiento y de conocimiento geográfico.

—¡Sobre usted también reposa el sello del genio! —observó el ama de casa—. ¡Se lo aseguro! Conversando con usted, uno empieza a comprenderse claramente a sí mismo.

Y continuaron su conversación en ese mismo espíritu hermoso y elevado. Mientras tanto, en la cocina alguien también mantenía una conversación: ¡el duende doméstico! El duende, con su bata gris y su gorrito rojo. ¡Tú lo conoces! Estaba en la cocina, examinando allí las ollas. También hablaba, pero nadie lo escuchaba, excepto el gran gato negro —«el ladrón de nata», como lo llamaba el ama de casa.

Y el duende estaba muy enfadado con ella, pues sabía que ella no creía en su existencia. Es cierto que nunca lo había visto, pero aun así parecía bastante ilustrada como para saber de su existencia y prestarle al menos cierta atención. A ella, por supuesto, no se le ocurría agasajarlo en Nochebuena siquiera con una cucharada de gachas. ¡Y sus antepasados sí las recibían, aunque sus amas de casa fueran completamente incultas! ¡Y qué gachas! Nadaban literalmente en mantequilla y en nata.

Al gato incluso se le hizo agua la boca con solo mencionar la nata.

—¡Ella me llama un «concepto»! —decía el duende—. Bueno, eso supera todos mis conceptos. Niega directamente mi existencia. Ya una vez escuché a escondidas sus discursos y ahora quiero volver a escuchar. Miren, está ahí sentada cuchicheando con ese seminarista. ¡Pero yo repetiré tras el amo: «Mejor vigila las gachas»! Pero ella ni piensa en eso. ¡Espera pues, haré que las gachas hiervan de tal modo que se derramen por los bordes! —Y el duende avivó el fuego. ¡Uf! ¡Cómo silbó, cómo ardieron! Las gachas salieron corriendo de la olla—. ¡Ahora iré y haré agujeros en los calcetines del amo! —continuó—. ¡Agujeros grandes, en los talones y en las punteras. Entonces tendrá algo que hacer si le queda tiempo libre de rimar! ¡Mejor zurce los calcetines de tu marido, señora poetisa!

El gato estornudó en respuesta; se había resfriado, aunque llevaba puesto su abrigo de piel.

—¡He abierto la puerta del almacén! —dijo el duende—. Allí hay nata hervida, espesa como tu gelatina. ¿Quieres lamerla? ¡Si no, la lameré yo mismo!

—No, si he de soportar golpes, que sea por algo. ¡La lameré! —respondió el gato.

—¡Alegra tu lengüita y luego te rascarán el lomo! —dijo el duende—. Ahora iré a la habitación del seminarista, colgaré sus tirantes en el espejo y meteré sus

calcetines en la palangana del lavabo con agua, para que piense que el ponche fue demasiado fuerte y que tuvo ruido en la cabeza. Esta noche me senté sobre la leña junto a la caseta del perro. Me gusta terriblemente provocar al perro de cadena, así que empecé a balancear las piernas. El perro, por más que saltaba, no podía alcanzarlas, se enfurecía y ladraba. ¡Y yo seguía y seguía balanceando las piernas! ¡Qué diversión fue! El seminarista despertó por el ruido, se levantó tres veces de la cama y miró por la ventana, pero a mí no pudo verme, a pesar de llevar gafas. ¡Incluso duerme con ellas puestas!

—¡Maúlla cuando venga el ama de casa! —dijo el gato—. Si no, no oiré; hoy tengo dolor de oídos.

—Te duele la lengua, ¿eso es lo que tienes! Bueno, lame para curarte pronto. Solo límpiame el hocico, pues la nata gotea de tus bigotes. Bueno, ahora voy a escuchar a escondidas.

Y el duende se acercó sigilosamente a la puerta, que estaba entreabierta. En la habitación no había nadie más que el ama de casa y el seminarista. Hablaban de aquello que el seminarista llamaba tan bellamente «el sello del genio» y ponía por encima de todas las ollas y gachas de cualquier hogar.

—¡Señor Kisserup! —comenzó el ama de casa—. Quiero aprovechar la ocasión para mostrarle algo que aún no he mostrado a ningún alma viviente, especialmente a ningún hombre: mis pequeños versos. Algunos de ellos, por cierto, son algo largos. Los he titulado «Empalmes de la hija de Dinamarca»; sabe usted, me gustan más las palabras antiguas.

—¡Así debe ser! —dijo el seminarista—. Las palabras alemanas deberían ser totalmente desterradas del idioma danés.

—¡Pues eso es exactamente lo que hago! Nunca digo «sándwich» ni «pfefferkuchen», sino siempre «pan con mantequilla» y «galletas de jengibre».

Y sacó del cajón de la mesa un cuaderno con cubierta verde claro, en el cual lucían dos manchas de tinta.

—¡En este cuaderno hay mucho serio! —dijo ella—. Cada vez me siento más atraída hacia lo triste. Aquí están «Suspiros nocturnos», «Mi aurora vespertina», aquí está «¡Por fin soy tuya, mi Clemensen!». Este poema está dedicado a mi esposo, pero puede omitirse, aunque es muy sentido y meditado. Aquí están «Los deberes del ama de casa»: ¡esta es la mejor obra! Pero todos los poemas son tristes; en eso reside mi fuerza. Solo hay una cosa en tono jocoso. En ella vertí mis pensamientos alegres —también le asaltan a uno tales pensamientos— sobre... ¡Oh, no se ría de mí! Pensamientos sobre la situación de una poetisa. Hasta ahora solo lo sabíamos

yo y mi cajón, pero ahora lo sabrá usted. Amo la poesía, y a menudo me invade el estado poético. En tales momentos no soy yo misma. Todo esto lo expresé en «El pequeño duende doméstico». ¡Usted conoce la antigua creencia popular sobre el espíritu doméstico que siempre hace travesuras en la casa? Pues bien, yo me representé a mí misma como la casa, y a la poesía, al estado poético que me conmueve, como el duende doméstico. ¡Canté el poder y la grandeza del «Pequeño duende doméstico»! Pero debe prometerme nunca decirle nada de esto a mi esposo ni a nadie más. Lea en voz alta; quiero ver si descifra mi letra.

Y el seminarista leyó, mientras el ama de casa escuchaba; también escuchaba el duende. Pues él, como tú sabes, tenía intención de escuchar a escondidas y llegó justo en el momento en que leyeron el título «El pequeño duende doméstico».

—¡Eh, pero si hablan de mí! —dijo—. ¿Qué pudo escribir sobre mí? ¡Espera pues, te daré una lección! Robaré tus huevos, tus polluelos, extraeré la grasa del ternero. ¡Eso es, señora amita! ¡Dígame, por favor!

Y aguzó las orejas. Pero entonces oyó hablar de la grandeza y el poder del duende doméstico, de su autoridad sobre el ama de casa —pues ella entendía por duende el estado poético, pero el duende tomó todo esto literalmente—, y su rostro comenzó a dilatarse en una sonrisa, sus ojitos brillaron de placer, sus labios formaron una mueca importante; incluso involuntariamente se puso de puntillas y creció toda una pulgada. ¡Ah, estaba tan extasiado por todo lo dicho acerca del «Pequeño duende doméstico»!

—¡Realmente hay un genio dentro del ama de casa! ¡Y qué educada es! Fui terriblemente injusto con ella. ¡Me ha colocado en sus «empalmes»; los imprimirán y los leerán!... Bueno, ya basta de que el gato lama la nata del ama de casa; ¡ahora la lameré yo mismo! Uno beberá menos que dos, ¡he ahí el ahorro! Y ahora la observaré, la honraré y respetaré al ama de casa.

«¡Cuánto hay, sin embargo, de humano en él! —pensó el viejo gato—. Bastó que el ama de casa

¡Si le maullara con más halago, ahora mismo cantaría de otro modo! ¡Qué astuta es la dueña!»

Pero ella no era en absoluto astuta; el astuto era el duende doméstico: ¡había mucho de humano en él!

Si no entiendes esta historia, pide una explicación, pero no al duende doméstico, ni tampoco a la dueña.